

ETIQUETA FUTURA

JACINTOS

Chelsea Quinn Yarbro

Una obra maestra sobre la incesante búsqueda de sensaciones de la humanidad, y su comercialización y manipulación por parte de los poderes fácticos.



En un futuro de absoluta banalidad cultural, la embotada sensibilidad humana solo responde a los más potentes estímulos. El cine, el teatro, la televisión o los libros fracasan en conseguir saciar el hambre de diversión de las masas. El ser humano desea más: desea soñar.

Y es entonces cuando aparecen los Sueños. Concebidos originariamente como una herramienta psiquiátrica, las grandes compañías no tardan en ver su potencial como espectáculo de masas. Y los gobiernos tampoco. Así se inicia la escalada. Las grandes cadenas de comunicación ven los enormes beneficios que puede reportarles este nuevo medio de contar historias a la gente; los gobiernos ven la posibilidad de cargar los Sueños con mensajes subliminales que les permitan controlar a una cada vez más anárquica población.

En la base de esta nueva industria están los Soñadores. Sueñan sus Sueños para las hambrientas masas. No importa que a los pocos meses se quemen, convirtiéndose en meros desechos humanos capaces sólo de soñar aberraciones. Porque también hay un mercado para ellas: el mercado negro...

*Para ALZ,
porque no existe ninguna medalla para la
amistad
cuando ésta va más allá de todos los límites del
deber*

Nacida en California en 1942, Chelsea Quinn Yarbro empezó a publicar ciencia ficción en 1969, y su primera novela, Time of the Fourth Horseman, que describe un plan para controlar el crecimiento demográfico a base de reinfectar a los niños con diversas enfermedades que escapa de control, reveló ya sus profundas preocupaciones sociales. Su relato más conocido, «Falso amanecer», que luego convertiría en novela (que desgraciadamente carece de la fuerza del relato original) ha aparecido en español en las antologías Mujeres y maravillas y Extraños compañeros de cama. Últimamente, Chelsea Quinn Yarbro se ha dedicado con preferencia a las novelas de misterio y terror, entre las que hay que destacar la serie dedicada al conde de St. Germain, un vampiro de características muy distintas a las habituales. También ha escrito novelizaciones de películas y libros para niños. Su relato «The Ghost at Iron River» ganó el primer premio de los Escritores de Misterio de América, y ha sido nominada varias veces para los primeros Hugo, Nebula y World Fantasy.

Con referencia a Jacintos, una novela de enfoque y temática tremendamente brutales, es una de las obras preferidas de Yarbro, que a raíz de su publicación en español nos ha hecho llegar, a través de su agente, la siguiente observación: «Yarbro dice que el tono frío y deliberado del libro es intencionado, y solicita que el traductor tenga esto en cuenta, particularmente porque el español es un idioma en el que puede resultar más difícil mantener ese tono frío y deliberado». Debo decir al respecto que el deseo de la autora ha sido escrupulosamente respetado. Y que este tono frío y deliberado, este distanciamiento de la narración con

los sucesos descritos en ella, es precisamente lo que le da al libro toda su fuerza.

DOMINGO SANTOS

Agradecimientos

La autora desea expresar su agradecimiento a Douglas White y a Anne Randman por su inapreciable consejo y ayuda en la preparación de este libro. Cualquier error tecnológico que pueda hallarse en estas páginas no debe ser atribuido a ellos.

1

En el sueño se estaba incubando una tormenta: *Enormes nubes de una negrura imposible se movían en el horizonte, iluminadas de vez en cuando por relámpagos multicolores. El paisaje, árido y desolado, quedaba transformado bajo este fantasmagórico preludio. Las lomas se convertían en castillos y las rocas parecían moverse cada vez que los relámpagos brillaban sobre ellas.*

El Trovador, con su laúd colgado a la espalda de tal forma que le daba la apariencia de un jorobado, se detuvo en un promontorio para contemplar, impresionado, el cielo. Su rostro estaba pálido bajo esta iluminación vivida y antinatural. La fascinación de la tumultuosa naturaleza le atraía y, al mismo tiempo, sentía repulsión ante la fuerza de la tempestad que se aproximaba. Dos canciones florecieron en su interior, para morir en sus labios cuando comprendió lo inadecuadas que eran las palabras y la música y lo trivial que resultaba incluso la mejor de las melodías cuando se enfrentaba a la majestad del trueno. Sintió caer en su rostro las primeras gotas de lluvia y, arrancándose de su ensueño, se concentró en la tarea de buscar refugio.

—Esta parte es demasiado lenta —dijo Jehanne Bliss mientras revisaba el Sueño—. Haz que los de producción le corten uno o dos minutos. Todo el trozo de los relámpagos multicolores puede desaparecer. —Apartó el aparato que engullía la mayor parte de su cabeza y se levantó de su sillón hecho a la medida. Era alta y bastante atractiva, aunque no realmente hermosa, y, decididamente, no era lo que se suele calificar como guapa. La mayor parte de los hombres decían que era impresionante; las mujeres decían

que llamaba la atención. La distinción era sutil, pero reveladora—. Vamos, Tony... ¿Cuál es el problema?

Antony MacKenzie no respondió de inmediato y, cuando lo hizo, habló con lentitud:

—Déjalo.

—¿Déjalo? —repitió Jehanne Bliss con incredulidad—. Tony, a esta parte le falta ritmo, ¿y tú pretendes decirme que no la corte cuando sabes de sobra que es demasiado larga?

Antony alzó la vista hacia ella y asintió con la cabeza.

—Eso es. Déjala tal como está.

Jehanne no hizo intento alguno por ocultar su irritación.

—Tú mismo has visto toda la cinta. Sabes que los patrocinadores no van a consentir algo tan cerebral. Quieren más acción, más símbolos, más profundidad. —En algunas ocasiones tenía la sensación de que Antony MacKenzie era un novato en el campo del Sueño, en lugar de uno de sus pioneros—. Las realidades de este negocio... —dijo, cuidando meticulosamente la pronunciación—, porque es un negocio, doctor MacKenzie, no lo olvides, exigen que el Sueño no dure mucho más de veinte minutos por episodio. Y tú me sugieres que malgaste seis de esos veinte minutos con un tipo mirando qué tiempo hace.

—Sí, eso es lo que sugiero. —MacKenzie se levantó de la pequeña mesa de conferencias—. Hank, me has pedido mi opinión, y te la he dado. Eso es todo. —Jehanne Bliss medía más de un metro setenta y cinco, y normalmente era la persona más alta en la habitación: Antony MacKenzie la superaba en unos buenos doce centímetros, y ahora estaba utilizándolos para dar énfasis a sus palabras. Fue hacia ella, hasta situarse tan cerca que la obligó a levantar la mirada—. Hay ciertas consideraciones en las que pensar, aparte las más inmediatas. Tú misma lo has dicho. ¿Recuerdas el sueño que hizo Eric Lowell antes de matarse? Tuviste que discutir con todos los jefazos para que dejaran ese Sueño tal cual, sin ninguna manipulación. Rompió una docena de

reglas, pero es un clásico. Los dos lo sabemos, y no debe haber casi nadie metido en el campo que no desee poder encontrar algo semejante. Valió la pena luchar por eso. Y con éste ocurre lo mismo.

—Quizá. —Se cruzó de brazos, contradiciendo con ello el tono tranquilo y racional de su voz—. Pero este Sueño no es obra de Eric Lowell. Eric tenía a sus espaldas cinco largos años de Sueños que fueron números uno. Sus seguidores verían cualquier cosa que él hubiera Soñado. Todos sabemos que Eric fue uno de los grandes.

—¿Y tú solo apuestas sobre seguro? —sugirió Tony, sin ser totalmente capaz de velar la malicia de su tono.

Jehanne se llevó las manos a las caderas y cruzó su oficina. El gesto no tenía nada de provocativo, aunque debería haberlo sido.

—Este chico ha hecho seis Sueños, Tony, cuéntalos bien, y no es más que un chico. No es gran cosa. De momento no tiene un historial demasiado impresionante, y nuestros informes regionales son incompletos. No tenemos nada con qué negociar. ¿Sigues queriendo que conserve todo eso de la tormenta?

Tony se encogió de hombros con un leve suspiro.

—Me he dado cuenta de que, en cuanto descubre una imagen, la utiliza mucho. Ésta es la tercera vez que ha usado el relámpago en el Sueño, y en cada ocasión resulta más espectacular. Creo que está preparando algo realmente grande, y sin ese interludio parte de la fuerza se perderá. Si no conservas este trozo, después te arrepentirás de ello.

—¿Un juicio estético, Tony? —Jehanne se inmovilizó y le contempló con atención—. Te estás saliendo un poco de tu campo, ¿no?

—Me has preguntado cuál era mi opinión, y yo te la he dado —respondió Tony con voz cansada. La conocía lo bastante bien como para adivinar su estado de ánimo actual, y tuvo la sensación de que desafiarla no serviría de nada—. ¿Quieres algo más, o me marcho?

Jehanne volvió a su sillón y situó nuevamente en posición el visor.

—Quédate. Estoy comprobando las últimas audiciones. Podrías ayudarme a encontrar alguna que valiera la pena utilizar.

Ésta era la parte que menos le gustaba, y no se esforzó mucho por ocultarlo.

—Si insistes...

—¡Tony, por el amor de Cristo...! —dijo ella, exasperada—. Tú eres el que desarrolló esa técnica de prueba, no yo.

—Ya lo sé —dijo él con voz ronca, mientras se dejaba caer en uno de los sillones adaptables que había alrededor de la mesa de conferencias. En aquel momento su rostro era inescrutable pero, aun así, resultaba hermoso, como el de un santo en un icono. La austeridad de sus rasgos clásicos no hacía más que realzar su belleza. Tenía los ojos color azul turquesa, salvo cuando estaba irritado o cansado; ahora sus ojos tenían el color de la pizarra.

Jehanne ya casi se había preparado para ver la siguiente tanda de pruebas, pero la expresión de su rostro la detuvo.

—Mira, Tony, sé que un montón de nuestras realidades comerciales no encajan demasiado bien con la integridad artística de algunos Soñadores, pero, qué diablos, ni tan siquiera sabemos si los Sueños son arte o no. Pensándolo bien, todo el mundo sueña.

—Con s minúscula —dijo él en voz baja y suave.

—De acuerdo, pero es cierto —insistió ella.

—Sí, es cierto, *pero* —le recordó él—, no todo el mundo sueña de una forma consistente o coherente. Si lo hicieran, esta industria, tal y como tú insistes en llamarla, no existiría. Para empezar, no sería necesaria. —Se cruzó de brazos y esperó a que ella discutiera su afirmación, tal y como sabía que iba a hacer.

Pero, sorprendentemente, ella se limitó a encogerse de hombros y se preparó para meter la cabeza en el monitor. El aparato era una versión más grande y pesada de los re-

ceptores comerciales que podían encontrarse en casi todos los hogares del país: se trataba de un modelo estrictamente utilitario, pero poseía un cierto número de funciones no disponibles para el consumidor habitual, y algunas de ellas habrían dejado bastante sorprendido al público que consumía los Sueños.

—Tony —dijo Jehanne antes de colocar los sensores en sus sienes—, sé que no apruebas algunas de las cosas que he hecho en los últimos tiempos, pero son...

—No es el momento adecuado para hablar de eso —dijo él, esperando evitar otra discusión dolorosa e innecesaria.

—Pero quiero que lo entiendas —insistió ella, y en su voz había una sinceridad que le resultó difícil ignorar.

—Lo entiendo —le aseguró él, con una esforzada exhibición de paciencia.

—No, no lo entiendes. —Jehanne apartó el monitor—. Mira, Tony, sé que probablemente tienes razón en cuanto a los compromisos a que me veo obligada. La verdad es que no son decisiones demasiado buenas. Y me doy cuenta de ello, de veras... Pero intenta comprender lo que estoy haciendo aquí, ¿quieres? —Ahora había logrado captar toda la atención de Tony—. La posición en que me encuentro ahora mismo podría significar mucho. Si puedo demostrar que tengo buen ojo y un historial sólido, tanto con mis Sueños como con mis Soñadores, tengo una buena posibilidad de ascender a la Junta de Directores. Una vez esté allí, tendré una buena posición para ayudar a que las cosas cambien. De momento tengo que jugar a su manera, así que ten paciencia conmigo. Las cosas no son fáciles para ninguno de los dos, Tony.

—¿Y si deciden olvidarse de ti? —preguntó él, incapaz de resistir la tentación.

—No seas tonto. Soy condenadamente buena; y tú lo sabes, yo lo sé, y ellos lo saben también. No van a olvidarse de alguien que casi siempre escoge a los ganadores. —

Su sonrisa era arrogante, pero en lo más hondo de sus ojos había un extraño miedo—. En cuanto llegue a Directora, haré muchas cosas de una forma muy distinta.

—Hank, esos tipos son unos cínicos. Le han ofrecido esa zanahoria a muchos grandes productores que jamás llegaron a formar parte de la Junta de Dirección. —Tony habló con voz calmada y suave, porque temía por Jehanne.

—Las cifras no mienten —se apresuró a responder ella, aunque su despreocupación no resultaba del todo convincente, ni tan siquiera para ella misma—. Otros dos Sueños con una duración de seis meses y una buena pauta de repetición, y tendrán que darme ese ascenso. *Tendrán* que hacerlo. Porque, si no lo hacen, entonces será una de las redes rivales quien lo haga.

—Si insistes... —dijo él, perdidas las ganas de seguir desafiándola—. Adelante. Comprueba las audiciones. Si encuentras algo y quieres que le eche una mirada, grita. —Metió la mano en su cartera y sacó un libro bastante sobado.

—Tú y tu lectura... —se burló Jehanne, con cierta indulgencia en la voz.

—Me gustan los libros, ¿recuerdas? —Ya había abierto el volumen por una página marcada.

—Recuerdo. —Colocó el monitor sobre su cabeza y puso los sensores en su sitio.

La primera audición no era muy prometedora: consistía sencillamente en una serie de viñetas tomadas de Sueños anteriores que habían sido populares, ligeramente alteradas de una forma familiar pero nueva. La segunda era horrible. La tercera tenía potencial: montones de imaginación, pero ni la más mínima estructura. Jehanne hizo una anotación mental para que volvieran a comprobarlo dentro de seis meses, después de que el aspirante a Soñador hubiera estudiado un poco más. La cuarta y la quinta eran horribles. La sexta mostraba talento, así como un profundo trastorno psicológico. Jehanne apretó el botón de pausa.

—¿Te interesan las fantasías incestuosas? —le preguntó a Tony—. Tengo una soberbia.

—No, gracias —dijo Tony, sin alzar la vista de su libro.

—Es realmente buena —siguió diciendo ella—. No sólo la fijación madre-hijo habitual, sino con toda la familia involucrada. Hay partes bastante sádicas, y algunas otras masoquistas. Tendrías que echarle un vistazo. Podrías hacer una estupenda monografía para alguna de tus revistas.

—Ya hice eso —dijo él en voz baja, sin apartar los ojos de la página—, y mira dónde me ha llevado.

—Como quieras. —Jehanne volvió a sus audiciones. La octava era algo especial, y la pasó por dos veces antes de llamar a Tony, presa de una creciente excitación—. Tony, creo que tenemos uno.

Tony torció el gesto ante ese «tenemos», y tardó un poco en cerrar el libro para calmarse.

—Lo siento —dijo como excusa, cuando se volvió hacia ella—. Quería acabar un párrafo.

—Échale una mirada a esto. Es prometedor —dijo ella, con una cautela fruto de bastantes desengaños anteriores—. Échale un vistazo. Dime qué te parece. —Se puso en pie y se apartó para que Tony pudiera usar el sillón y el monitor.

El sillón no le resultaba demasiado cómodo pero, secretamente, se alegraba de ello. Se instaló en él, sintiendo cómo el miedo habitual se le hacía un nudo en el estómago. Ésta era la parte que más odiaba. Colocó los sensores del monitor y se reclinó, dejando que su mente quedara en blanco. Pensó que era una sensación agradable, pero sabía que no iba a durar. El monitor captó su tensión ocular y su ritmo respiratorio, y cobró vida con un zumbido a medida que él iba relajándose. La audición del Sueño hizo erupción en su mente.

Al principio había una silueta en la lejanía, un punto negro en el paisaje fuliginoso. Estaba en el desierto, con matorrales resecaos, rocas amarillentas y torbellinos de viento

arenoso. La figura, un manchón negro en el mundo carente de colores, avanzaba tambaleándose por él con los vacilantes movimientos automáticos nacidos del más absoluto agotamiento. Poco a poco, la figura se fue haciendo más clara. Ahora resultaba posible ver que era un hombre de mediana edad, fornido, pero con el rostro marcado por la disipación y los excesos de la indulgencia hacia sí mismo y el cinismo. Llevaba unos harapos que en tiempos fueron fino terciopelo, y la vaina que colgaba de su flanco, aunque vacía ahora, estaba recubierta de oro. El hombre levantó la mirada hacia el sol, ahogó un grito, y se obligó a seguir avanzando.

A lo lejos había tres siluetas emergiendo de una profunda cañada. Aquellos hombres iban montados en veloces corceles. Sus capas aleteaban tras ellos como retazos de noche. Se aproximaban con la decisión y el obstinado propósito de los cazadores. Aunque estaban demasiado lejos para verles la cara, aun así resultaba imposible no percibir la expresión que dominaba sus duros rostros.

Tony tragó una profunda bocanada de aire. Esto era algo muy especial. Le concedió toda su atención a las imágenes, pensando que la visión de este Sueño era tan completa que podía sentir cómo el calor y los granos de arena afectaban sus párpados mientras dejaba que el Sueño siguiera su curso.

Los jinetes oscuros se acercaron, persiguiendo a la silueta solitaria, aumentando su velocidad a medida que la distancia entre ellos disminuía. El hombre que huía oyó con más claridad el sonido de los cascos, pero no se consintió el lujo de dar la vuelta, mirar hacia atrás y ver cómo aquellos hombres inexorables caían sobre él. De los jinetes irradiaba malevolencia, una malevolencia que helaba el día y traía el invierno a ese paisaje salido de un horno. Involuntariamente, el hombre que huía echó a correr, tambaleante, reconociendo en la futilidad de ese gesto su propia derrota.

El calor.

La tierra reseca.

Su desesperación.

El terror llegó con los jinetes cuando éstos alcanzaron al hombre y lo rodearon. Su presa cayó al suelo mientras formaban un círculo a su alrededor; el oro de su destrozado jubón brillaba por entre el polvo. Se quedó tendido de bruces, sollozando, y el primer jinete se inclinó hacia él y le clavó la contera de su fusta.

—¡En pie! —ordenó.

El hombre caído en el suelo era incapaz de hablar, pero meneó la cabeza. Logró alzarse de su posición supina. Tenía el rostro lleno de morados y heridas, pero sus ojos eran límpidos, implacables. Su aliento resonaba ásperamente en su pecho y, aunque no llegó a ponerse en pie y su cuerpo estaba manchado de polvo, aunque se encontraba tan maltrecho como sus ropas, seguía mostrándose desafiante. Cuando la contera de la fusta volvió a clavarse en su cuerpo, sus dedos se cerraron sobre ella, e hizo un último y desesperado intento de devolver el golpe, tirando de la fusta y atrayéndola hacia él.

El jinete se tambaleó en su silla de montar y después tiró de la fusta, arrancándola de las manos de su cautivo.

—¡Cogedle! —gritó a los otros dos—. Pero recordad que Su Eminencia le quiere vivo.

Los otros dos jinetes le hicieron levantarse por la fuerza, y el hombre al que habían perseguido empezó a maldecir.

Tony apartó el monitor de su cabeza y se quedó inmóvil, contemplando la pared, sus ojos casi del color del lapislázuli.

—¿Y bien? —dijo Jehanne, pasados unos minutos—. ¿Qué piensas? ¿Tenemos a un Soñador o no?

Tony asintió con un lento gesto de la cabeza.

—El Sueño está por pulir y el foco es algo inestable, pero sí, desde luego que es todo un Soñador. ¿Quién es? —No pudo contenerse: sentía despertar ya en su interior el